

468 19-03

TODA LA VERDAD SOBRE EL GOLPE

LEMA. BÁMBOLA

Luis mueve todos los músculos de la cara cuando zurce. Son conocidos su facilidad para el gesto y su buen hacer remendando. ¡Ah!, y se muerde la lengua cada vez que se ensimisma y pierde la noción del tiempo, imbuido en su tarea. Su lengua parece un *joystick* que maneja por completo los mandos de sus músculos.

La gente del pueblo acude a su pericia antes de abandonar un calzado. Si fuese médico, sería el cirujano galáctico que salva la vida del paciente cuando ya ha sido desahuciado por todos sus colegas. Tiene los dedos largos y huesudos, los brazos huesudos y largos. Su rostro recuerda al de Stan Laurel, con ese mismo mechón de pelo rebelde volateando por encima y por delante de sus ojos. Es un hombre muy alto para su época y siempre está sentado en una banqueta ridículamente enana, lo que hace que sus rodillas afloren por encima del mandil –una pieza áspera que le protege la ropa de las manchas de betún- y queden a la altura de su pecho en una posición ilógica; pero todo indica que bastante satisfactoria, paradójicamente, cuando se mantiene la postura mucho rato.

Por delante de él hay una mesa de madera mesozoica, hecha a mano y sin demasiado esmero, en basto, sin barnizar, con huellas de prisa al ser desbrozada, con apartados en relieve tallados en el mismo material por un escoplo grosero. En cada retícula, en cada estanco -que en principio debería estar dedicado en exclusiva a una sola especie- conviven en aparente armonía las tachuelas con los recortes de cuero, los remaches metálicos con la lija y las cremalleras; la brocha sucia del pegamento, a cuyos filamentos se adhiere toda clase de mugre, con un sinfín de herramientas dispares con nombres que se tambalean cuando el zapatero se levanta y golpea sin querer el receptáculo con sus rótulas de Gulliver; cordones partidos con agujas de calibre creciente o decreciente y mil apechusques propios del oficio que no recuerdo bien del todo en la nebulosa de mi fantasía.

Como confidente, al otro lado, yace una banqueta estirada en el frontal del obrador, estrecha en superlativo, en la que pueden acomodarse incómodamente, valga el oxímoron,

hasta tres personas no demasiado corpulentas. Sin embargo, aquella batalla en el uso del asiento, reservado a clientes en principio, la había perdido el artesano desde hace mucho tiempo y su taller se había convertido en sala de visita perenne donde cuajaba la conversación para los parroquianos, ancianos en su mayoría sin oficio ni beneficio del pueblo; como por ejemplo mi abuelo Ramón, a quien todo el mundo conoce como Ramón el Rojo. Allí se hablaba de fútbol y de toros, de mujeres, de chismes, de compras y de ventas; de noviazgos, de cuernos, de peleas, de herederos, de peleas de herederos, de galgos, de caza menor, de furtivismo y, en los últimos años, hasta de política. Algunas veces me aburro en la calle y entonces acudo yo también a la zapatería, escucho las historias que allí se cuecen y asisto a las discusiones bizantinas en las que se enzarzan los tertulianos. Mi abuelo suele advertirme, dramáticamente, en aquel foro variopinto, de que tengo que extremar las precauciones para que nunca me pille la Guardia Civil en un hecho delictivo, porque, con sus antecedentes, según él, nos tienen ganas a toda la familia y están esperando cualquier menudencia para fusilarnos a todos, desde el más viejo al más chico, aunque sea por robar una mísera gallina, y vuelve a recalcar lo de “mísera gallina” apretando con mucha rabia los dientes incisivos hasta que rechinan desagradablemente. Todo ello sin que Luis despegue sus ojos de las leznas ni pare un momento de entresacar puntillas en las botas, de encastrar los empeines en las hormas para ensanchar la talla de algún zapato que aprieta sin tener que deshacer el cuerpo, o de engomar los tacones de unos tafiletes para añadirles medias suelas y evitar que resbalen sobre las pátinas de escarcha que el invierno unta en las aceras, con el consiguiente riesgo de caída para el transeúnte.

A Luis le gana el desorden todas las batallas, aunque él suele manejarse entre su caos admirablemente y, tras voltear escaarpines sin pareja, latas de grasa de caballo a medio cerrar o a medio abrir, varios especímenes de cepillos y plantillas huérfanas de todos los tamaños, acaba encontrando lo que necesita en el maremágnum de sus dominios, al que llega

perfectamente estirando -y no del todo- el compás de sus brazos sarmentosos.

Junto a la mesilla de trabajo hay un par de máquinas simples, ideadas a base de poleas y pedales, que sirven para lustrar los materiales o para matar los filos lacerantes de cualquier remate metálico. También, bajo su cáscara protectora, una *singer*, de las de coser de toda la vida, como las que hay en cada casa, sueña con mejores tiempos o rememora días pasados, porque casi nunca la utiliza en su quehacer el zapatero y parece que guarda bajo la tapa una sinfonía de bostezos que dudan si salir o no a la intemperie.

Nadie limpia aquel cobertizo de uralita y por eso las arañas juegan a la brisca en los rincones y hay un polvo de siglos que tizna el ambiente de color grisáceo.

Luis es muy original a la hora de coger encargos y no apunta nada, a pesar de que merodea por los aledaños una libreta anillada de cuadrícula menuda y un lápiz de rayas negras y rojas, cuya punta se ha visto obligada a vencer su vergüenza a tajos de cuchilla. No presta atención casi nunca a la letra de lo que le dictan por pura timidez, porque no mira a los ojos de la gente cuando le hablan; pero luego, cuando se encara con el par, en la soledad de su cubil, receta perfectamente el proceder adecuado a cada cual, ya que detecta inmediatamente la causa del deterioro y sabe darle a cualquier deformidad o desgarró la dosis oportuna de aguja o pegamento. Cuando vas a recoger el pedido, al cabo de tres o cuatro días de entregarlo, siempre te dice lo mismo, que vuelvas luego, que mientras lo busca te da tiempo a terminar los mandados o a merendar pan con chocolate. Tú regresas siguiendo su recomendación, cuando ya está a punto de cerrar porque se hace de noche, y entonces es cuando verdaderamente se pone a rebuscar entre los montones de cajas que acumula cerca de las paredes desconchadas de la habitación, a la luz paupérrima de una bombilla cagada por todas las moscas que vuelan al norte del Trópico de Cáncer. Te pregunta por el número del par y tú le dices: “Luis, es un treinta y cinco; tres, cinco” como si cantarás un bingo para sordos.

Tiene las columnas de cajetas clasificadas por tallas, dos por número, en una las terminadas y en otra, al lado, lo “por hacer”. Así que comienza a abrir los cartones desde arriba y te va mostrando contenidos hasta que le dices: “Estos son los míos, Luis, estos son los míos. ¿Cuánto se debe?” Como nunca se acuerda de lo que les ha hecho y por tanto no puede calcular cuánto dinero pedir, los extrae de su nicho, les saca los papeles de periódico que rellenan a presión sus oquedades y vuelve a repasar mentalmente cada acción, hasta que se le oye murmurar cifras sin sentido mezcladas con las palabras “suela”, o “lustre”, o “tapillas”. A mí siempre me cobra alrededor de cien pesetas y yo le espeto la misma contestación: “Ya se lo digo a mi madre y que le pague ella mañana”. Y así se acaba mi visita a aquel habitáculo mágico que huele a resina y a cola, a serrín mojado y a almizcle, a chuscas muertas y a charol.

Hace dos semanas se repitió la historia, pues la economía de mi casa no debe ser muy boyante y mis pies son el terror de las costuras. Pasé a recoger el encargo y se repitió el protocolo y la conversación: “¿Qué número te gastas, zagal?” y yo, que calzo ya un treinta y siete largo, digo siempre que un treinta y cinco —que a lo mejor por eso mismo los rompo tanto- y entonces él empieza a desembalar del montón de “los treinta y cincos” y a enseñarme mocasines. Mi imaginación le hizo aquella tarde un regate a la miseria y en vez de la talla de costumbre, con toda naturalidad, quisiera haber gritado que un treinta y siete, tres, siete; para que pudiera oírme por encima del ruido de la cinta de esmerilar al chocar contra un remache, porque estaba harto de ponerme esparadrapo con algodón en las heridas del talón, pero mi docilidad y mi obediencia impusieron su cordura y pedí que hurgara en el montón de los “treinta y cincos”, como siempre. No obstante, el zapatero debió interpretarme mal u oír mis pensamientos en lugar de mi voz, porque se acercó, por error, a la columna de “los treinta y siete” para comenzar su exhibición. Evidentemente ningunos eran los míos, pero yo fui moviendo la cabeza en señal de negación, sin saber demasiado bien cómo corregirle y salir de

aquel laberinto en el que nos habíamos metido ambos, aunque el recuerdo de las rozaduras por la inadecuación de las tallas me impedía insistir para que enmendara su yerro. A punto estaba de volver a decirle que se había equivocado de montonera cuando me enseñó los zapatos más chulos que yo jamás había visto. Unos zapatos de piel, marrones oscuros con adornos en color cuero y cordones relucientes, en cuya puntera había unas filigranas preciosas. Incluso se diría que se confundieron al traerlos, porque parecía que estaban sin estrenar. Con todo el aplomo de que fui capaz, las palabras se me escaparon por un agujero del alma y lo detuve cuando iba a taparlos de nuevo con un: “¡Esos, esos son los míos, Luis, no busque más!” Tras sus cálculas mentales calculó el coste del arreglo y lo cifró en treinta duros, añadiendo, mientras intentaba sonreír: “¡Buen calzado te has mercado, chaval! ¡A ver si esta vez te duran más, porque se han quedado como nuevos...!” y recalcó con una sonrisa burlona: “¡...como nuevos!

Nada más salir del taller, como no podía esperar, me descalcé los que llevaba puestos y, sentado en el tranco de la casa vecina, me embutí aquellos zapatos que, además, me quedaban pintiparados en los pies. Para probármelos bien, eché una carrera hasta la primera esquina y volví, también galopando, a recoger los míos. ¡Qué disparate! Corrían solos y acariciaban los adoquines con una suavidad de plumas que se transmitía desde el pie a los tobillos y te daba la sensación de que flotabas. Ni siquiera las rozaduras heredadas de mi antiguo par alcanzaban a dolerme. Tal vez aquel momento se haya convertido en el mejor de mis recuerdos, en el mejor, pues ahí comprendí que el mundo podía ofrecerme cosas que no era ni capaz de soñar en un pueblo tan chico.

Mi mente infantil y limitada no estaba en disposición de desentrañar todas las ramificaciones que aquella mentira ocasionaría cuando al final se descubriera el entuerto, que se descubriría. Mi madre sería la primera detective en darse cuenta de la aparición de aquellos superzapatos, por mucho que se los escondiera; incluso si lograba zafar su vigilancia con mi

astucia y precaución, el propio zapatero, sin querer, al cobrarle la reparación, la pondría sobre aviso. Sé que se le caerá la cara de vergüenza cuando ate cabos y me obligue a devolver el botín a su legítimo dueño, y que nadie me librará de una somanta educativa a base de zapatilla y pescozones. Estaré sin salir por lo menos tres semanas y si llega a oídos de mi padre, porque mi madre considere que la gravedad del asunto lo merece, los castigos se pueden ver aumentados hasta límites inimaginables, pues él habla poco, pero tiene un cinto de correa que se ríe de las palabras. Por otro lado, sólo hay tres aulas en la escuela en las que nos apiñamos los sesenta o setenta niños en edad de aprender, por lo que no tardará demasiado alguien en reconocerlos y chivarse a su amo de que yo, uno de los niños más pobres del colegio, el nieto de Ramón "El Rojo", se gasta unos calzos iguales que los suyos. Por el número debe ser de mi edad o algo mayor, es decir, descubrirá el robo y acabaré recibiendo algunos cates mientras me obliga a devolvérselos. El maestro pedirá explicaciones por la trifulca y la verdad relucirá como un diamante. La palmeta será la siguiente en visitar la pulpa de mi mano y me dirá que se pase mi padre para hablar con él personalmente y ponerme a parir, aprovechando la coyuntura para afean mi trayectoria académica y presagiar en mí la semilla de la delincuencia y del adanismo si no se toman medidas al respecto de más calado en el futuro. Le dirá su sentencia favorita: "...jamás llegará a ser un hombre de provecho", que es una frase cuya única virtud consiste en escocer en los adentros de los padres y en hacernos sentir inútiles a los niños. Eso suponiendo que no llegue a oídos de la Guardia Civil el robo y estemos hablando de otras consecuencias mucho peores, como ya viene prediciendo mi abuelo Ramón desde que yo me acuerdo.

Todos estos pensamientos errabundos se transformaban por la noche en pesadillas. Recuerdo especialmente la del día veintidós de febrero. Corría el año 1981. Escondí los zapatos en el altillo del armario para que mi madre no los viera y me dormí entrelazando historias viejas de la Guerra Civil que me contaba el Rojo cada día, combatiente republicano

en el 36, con el último episodio de Starsky y Hutch y las clases de don Matías sobre arte español contemporáneo. En mi cabeza los agentes americanos me ayudaban a pasar los zapatos en una maleta de doble fondo por la frontera de Canadá, como si fuera un alijo peligroso y radiactivo, pero finalmente un pelotón de fusilamiento descubrió mis intenciones y, delante del Guernica y de varios cuadros de Goya sobre el dos de mayo, nos encañonaron a los tres. Ya estaban a punto de acribillarnos a balazos cuando me desperté empapado en sudor, gritando que no y con la determinación de contar toda la verdad aquella misma tarde, al volver de la escuela. Quería asumir las consecuencias, con toda seguridad nefastas, de mi atrevimiento, pues ya no podía soportar ni un segundo más tanta presión y no merecía la pena seguir con las mentiras: Las ventajas de la situación distaban cada vez más de satisfacer sus inconvenientes.

A las cinco regresaba a casa -aunque antes de llegar me entretuve un buen rato con un balón que se me enredó en los pies en el mismo patio del colegio- con mi cartera en la mano, una cartera heredada de mi hermano y mantenida en su unidad a base de remiendos zapateros. En ella hice hueco al calzado de marras antes de entrar a mi casa y nada más aterrizar en mi dormitorio saqué el par y, con él en la mano, quise ver a mi padre para contarle lo sucedido esperando que le hiciese gracia o no le contrariase demasiado. Él estaba oyendo música militar en la tele, sin imágenes, y escuchando a la vez la radio con la oreja pegada al transistor, todo muy raro; así que cuando le hablé me mandó callar inmediatamente con una energía inusual para su costumbre y yo me fui a la nevera a coger chocolate para merendar.

Cuando por fin, al rato, mi madre me contó lo que estaba sucediendo en el Congreso de los Diputados, en Madrid, y comenzaron a emitir imágenes del hecho, enseguida comprendí que se me había ido de las manos la ocurrencia y, llorando y moqueando como una magdalena con fluidos, le conté a ella que yo tenía la culpa de todo, que llamara por teléfono al señor guardia civil del bigote lo antes posible y que le informara que había sido una



travesura de niño, pero que no nos fusilaran, ¡por favor!, aunque existiese el antecedente familiar de que el abuelo hubiera sido rojo en la guerra y nos tuviesen tantas ganas.

A pesar de la gravedad histórica del golpe y sus posibles consecuencias en caso de triunfar la rebelión de los militares para una familia tan de izquierdas, mis padres no pudieron aguantarse la risa por más tiempo y se les saltaron las lágrimas como botones mal cosidos de tanto reír. Cuando mi madre se rehízo un poco me reveló la verdad. Todo se trataba de un complot con el zapatero (lo del golpe de Estado no, lo de los zapatos nuevos): Harta como estaba de que me rozasen los talones –ella ya había notado que se me habían quedado pequeños- ahorró un poco y me compró el par que sustenta este episodio surrealista de mi existencia -del que creo que no me he recuperado desde entonces- y le había pedido a Luis que interpretara el guion para que todo sucediera según lo narrado. Entonces comprendí el sarcasmo de su sonrisa.

En mi defensa diré que yo tenía entonces sólo once años, una fantasía sin estrenar, una rozadura en cada tendón de Aquiles del tamaño de una moneda de cinco duros y la mala influencia de mi abuelo, Ramón el Rojo, contaminándome sin parar todo el día con episodios violentos de la guerra civil y rencillas sin cicatrizar de su juventud bolchevique.

FIN

